

*La ilustre casa de Ramires* es el desencanto de Eça de Queirós respecto a las posibilidades de renovación de la sociedad portuguesa y una demostración de su incapacidad de superación de su mediocridad, pero, al mismo tiempo, la novela muestra la crítica desunión entre el esplendoroso pasado de Portugal –la novela que escribe Gonçalo Ramires sobre sus antepasados– y un presente mezquino, frágil e hipócrita, como el propio Gonçalo. Como Portugal, también los ilustres Ramires empiezan a degenerar tras la desaparición del rey Sebastián en Marruecos a finales del siglo XVI y la consecuente anexión a España del vastísimo territorio ultramarino portugués. Los Ramires de los siglos XVII y XVIII, pendencieros, malgastadores y hasta negreros, evolucionan hacia los decadentes del siglo XIX hasta llegar al pobre, orgulloso, ambicioso, cobarde y desconfiado, aunque aparentemente magnánimo y sin prejuicios clasistas, Gonçalo Mendes Ramires. El estudio sociopolítico queirosiano se cierra, como la mayoría de sus novelas, en un final contundente en el que el administrador João Gouveia describe minuciosamente todas las actuaciones, actitudes y rasgos de personalidad de Gonzalo y en ellas se puede advertir el recorrido histórico y anímico de Portugal.

¿Quería Eça evocar en la conciencia colectiva el eco de un antiguo esplendor? ¿Quería recuperar los antiguos valores poniendo la esperanza en una pequeña minoría representada por la rancia aristocracia tradicional portuguesa? Si se recuerda la descripción de *patriota* que recoge la carta mandada a Pinheiro Chagas se llega a la conclusión de que *La ilustre casa de Ramires* propone a la sociedad portuguesa proyectar una mirada introspectiva y crítica sobre sí misma para aprender de sus propios defectos y corregirlos. Eso es lo que debería hacer el verdadero *patriota* y de ahí el recurso queirosiano al repaso de los elementos fundadores de la nacionalidad portuguesa para provocar la reacción de un Portugal dormido o incapaz de confiar en sí mismo. Sin embargo, además de la crítica al presente y el retrato irónico sobre el pasado *La ilustre casa de Ramires* muestra también la gran distancia que se establece en una sociedad, urbana, investida de valores burgueses imitativos de modelos europeos, con la permanencia de los símbolos arcaicos y tradicionalistas propios del mundo agrario que en realidad es Portugal para Eça de Queirós. El esfuerzo del siglo XIX será constatar el abismo que separa el Portugal presente de su pasado glorioso y, a pesar de la nostalgia por ese pasado, intentar modernizarlo y darle una nueva identidad. La voz del personaje João Gouveia se esfuerza en denunciar el atraso de Portugal y el desgaste y la pobreza que ha supuesto la obstinación por mantener su presencia extraterritorial. Frente a él contrasta la opinión de Gonçalo Ramires, el cual confía que su viaje a África actúa

como catarsis y reconvierta a Portugal en un país nuevo, lleno de futuro. El del siglo XIX es un Portugal que inicia el camino de la redefinición de sí mismo.

A este contraste entre el presente decepcionante y el pasado glorioso, la voz queirosiana le añade elementos que posteriormente el siglo XIX portugués aprovechará desde la historiografía, la estética y la antropología al desarrollar temas que reflexionan sobre la *presentización* de la memoria individual y colectiva. Así, Eça de Queirós –y *La ilustre casa de Ramires* sirve como ejemplo– podría, desde un punto de vista temporal y temático, actuar como puente entre dos formas de especulación sobre el pasado: la que proyecta con su propia carga ideológica el siglo XIX y la que elaborará a partir de sus propias circunstancias históricas el siglo XX. Y curiosamente, uno de los puntos en común que tienen ambas meditaciones es África o las colonias ultramarinas en general. Un pasado que quiere decir gloria, epopeya y riqueza pero también mito, quimera, tradición, arcaísmo e imposibilidad de renovación.

Alejado de la tradición literaria portuguesa gracias a ese tono característicamente cáustico, Eça de Queirós utiliza las constantes del imaginario portugués –la autobservación, el autorretrato, la referencia constante a todo lo que conforma los límites del mundo portugués– y las ofrece al siglo XX para que inicie su obsesivo análisis de la historia de Portugal, del espacio que ocupa y de la relación que el intelectual establece con su propio pasado. El siglo XX interrogará el pasado en una constante evocación del espacio simbólico que es Portugal y, como la aristocrática Torre de los Ramires en Santa Ireneia, se levantarán otros espacios cerrados y simbólicos: la equivalente *Torre da Barbela* de Rubén A. –en la que por la noche se encuentran todas las generaciones de Barbelas de la historia de Portugal–, la laguna de la Gafeira en *El Delfín* de José Cardoso Pires o el sacrificio humano que supone la construcción del convento de Mafra en el célebre *Memorial* saramaguiano. El pensamiento portugués contemporáneo orientará sus temas de reflexión hacia la utopía ultramarina renacentista y hacia el destartalado imperio que pierde sus colonias e intenta ocupar un lugar en una Europa que evoluciona al margen de la historia de Portugal. Y si la generación de Eça de Queirós –la *Geração do 70*– construyó una imagen esencialmente negativa de Portugal, las posteriores fluctuarán entre el discurso mítico, de clara tendencia nacionalista, que reclama la necesidad de definición de una identidad portuguesa que se alimenta de la referencia al pasado y que cree en un destino histórico portugués –corriente detalladamente analizada con actitud crítica y racionalista por Eduardo Lourenço en